HECTOR H. MUIÑOS

(1888 - 1971)

His bibliotek bibliothi i qui chimposi ne igi Dr. Washington Buño

Héctor H. Muiños logró merecidamente en la medicina nacional un puesto de singular distinción y alcanzó grandes honores. Las aristas más salientes de su personalidad fueron su dedicación fervorosa de todo momento, durante toda su vida, a la profesión a que la vocación lo llamó desde muy joven. Ejerce la medicina con permanente sentido crítico, que le permite advertir cambios vertiginosos en la forma de la relación médico-enfermo, por lo que siente el deber de dar su grito de alarma cuando percibe que toda una etapa tradicional del ejercicio profesional y que él ha cumplido como pocos, la del médico de familia, va desapareciendo, inevitablemente, para dar paso a formas más despersonalizadas de la asistencia médica; a la medicina de equipo, en donde el aparato, el análisis, la radiografía, en fin todas las formas del ejercicio científico de la profesión, van desplazando, sin posibilidad de retorno, al médico de familia, confidente, consejero y pieza fundamental del núcleo familiar francisco e electrologisto del primi del martina del martina

Muiños fue un ejemplar de esa especie ya casi extinta, y de indudable eficacia, del médico familiar.

No alcanzó, por razones de circunstancias, la cátedra universitaria, para la que le sobraban jerarquía y méritos y para la que estaba excepcionalmente dotado; pero enseñó siempre medicina, como colaborador fiel de la Facultad de Medicina, y desde sus servicios de los hospitales Español y Militar. Fue también un eximio profesor de física en la enseñanza secundaria y sus alumnos lo recuerdan siempre con cariño y respeto program is all allegate all a serve stable and expedition

Pero su dedicación integra a la profesión médica no le impidió adquirir una sólida cultura general en la frecuentación regular de las obras maestras de la literatura, tanto clásica como moderna, en su afición al buen teatro y a la buena música, en su aprecio y su buen gusto por las bellas artes plásticas. Y su sólida cultura se expresa diáfana en sus escritos, de estilo sobrio y elegante, de cuidado lenguaje, de enjundioso contenido, de erudición amplia que acude cabalmente

en el instante preciso. Fue un escritor de raro mérito. Entre sus papeles se encuentran miles de cuartillas en que anota sus lecturas sobre los temas más variados de literatura, filosofía o arte; transcribe frases textuales del libro que lee y lo comenta con seguridad y buen tino; se hubiera podido llenar con creces la sección bibliográfica de cualquier revista exigente con esos comentarios de lecturas que Muiños redactaba y luego guardaba para usarlos algún día, o quizá nunca. Su libro, "Medicina, una noble profesión" traduce esa cultura humanística, tan selecta y digerida; libro with an one and so, adding any an expense.

Santa Variante Sirian Branch State Control of Santa Sant and starting of the market and the starting of en le la companie de

e e diction vectorine de appetite diction ex-



Dr. Héctor H. Muiños

and the second contract of the second

que tuvo un gran éxito editorial y una gran repercusión en el ambiente médico.

Hizo también incursión esporádica en la literatura ya que es autor de una novela: "Las imágenes" (1969), que permanece inédita.

Era de talla algo por debajo de la media, pero erguido, delgado, y con natural elegancia; de movimientos y desplazamientos rápidos, pero llenos de gracia; de cabeza levantada y cabello negro, que el tiempo plateó; con amplia frente y profundas entradas; de facciones regulares, poseía nariz algo aquilina y en su cara se destacaba netamente la mirada profunda y serena de sus ojos oscuros, que se fijaban siempre con atención a su interlocutor. Poseía voz clara y pronunciación precisa a la que sabía dar entonaciones convincentes; por eso, cuando adquiría toda su simpatía era en la conversación. Era un expositor que cautivaba por el interés de su palabra; por la elegancia tanto intelectual como formal de sus frases, por la atención con que sabía escuchar y la inteligencia con que sabía responder. En cualquier reunión centraba rápidamente el interés y sabía elevar el tema de la conversación que adornaba con citas siempre oportunas de sus copiosas lecturas. Era dueño de un humor de buena ley, en el que no estaba ausente la ironía con que matizaba muy oportunamente su conversación, y que acompañaba de una sonrisa fina y sugestiva. Quizá sea oportuno incluir aquí un involuntario pero muy veraz autorretrato, que introdujo en su libro al describir cómo debe ser el carácter del médico, ya que nunca fue más cierto que "retratar es retratarse". Dice: "El médico debe ser alegre, porque su alegría es un tónico para el enfermo, que ni la tiene ni la ve a su alrededor, y que, dispensada por el doctor, que es el que sabe el estado de la dolencia, adquiere toda una significación pronóstica que las antenas del paciente sintonizan rápidamente. El médico debe ser alegre, pero no dicharachero; con sentido del humor, pero no vulgar; sencillo, pero no descuidado; enérgico, pero no tirano; servicial, pero no sirviente; accesible, pero no débil: cosas todas que, podrá decirse, le cuadran a cualquiera, pero que en la índole peculiarísima de las actividades médicas adquieren calidad favorable o perjudicial como en ninguna otra ocupación. Ni el ingeniero ni el abogado tienen por qué, profesionalmente, ser obligatoriamente alegres u optimistas o tolerantes. En el médico, son cualidades que integran terminantemente la posibilidad del mejor desempeño".

Intelectualmente era un ser de naturaleza superior, en que a una viva inteligencia natural se unían las preciosas cualidades de la gracia, equilibrio, la ponderación de juicio, y una fineza de observación y de análisis excepcionales.

No puede extrañar que con esas aptitudes y siendo, como lo era, un infatigable estudioso, que conside-

raba inmoral para un médico no estar informado de los adelantos importantes de la profesión, haya al canzado las cumbres del ejercicio profesional.

Datos Biográficos

Nació en Montevideo el 1º de junio de 1888 siendo hijo de Ramón Nieves Muiños y de Isabel Bidondogaray. Completa la familia una hermana dos años mayor Norma Zulema y dos hermanos menores que mueren en la primera infancia. La hermana casó con Federico Ferreiro.

Es sobrio y recatado en sus sentimientos familiares; en sus escritos solamente he encontrado una referencia al padre, en la conferencia en homenaje a
Scoseria donde relata que el padre era director de
faros. Mucho más cálida y devota es la referencia que
hace de su madre, con quien, al decir de familiares,
tenía gran parecido físico y por la que sentía íntimo
cariño. En el homenaje a Soca, realizado en el Salón
de Actos del Ministerio de Salud Pública el 30 de
abril de 1953, comenzó su discurso diciendo: "Tengo
en mi insignificancia dos grandes orgullos, los únicos
que me es dable tener.

"Uno es de mi ascendencia vascuence, por mi madre: cuando siento un apellido vasco -Zumalacárregui, por ejemplo- que evoca el paso de un carro por un sendero pedregoso, mi madre da un brinco en el corazón, donde la llevo."

El padre, a juzgar por algunas cartas que se conservan, debió ser de cierta cultura y de natural despejo. Un tío, José Muiños, se destacó como periodista interesado en los problemas del campo.

Según tradición familiar aprendió a leer solo y cuando concurre a la escuela primaria ya sabía leer. Debe haberse atrasado por enfermedad, ya que según sus cuadernos escolares cursa 4º. año en 1899, año en que cumple 11 años y 5º año en 1901 cuando va a cumplir 13 años.

Está por lo tanto atrasado en relación con su edad. Sus cuadernos nos muestran un alumno laborioso; sus deberes casi sin correcciones y con buenas calificaciones. Concurre a la escuela de 2º grado Nº 7 que dirigía Juanita Ferreiro a quien, según testimonios, siempre recordaba con afecto. Hay constancias de que al finalizar primaria se enferma y el padre lo lleva a una estancia de Tacuarembó a reponerse.

Da examen de ingreso en 1904 y rinde exámenes libres para recuperar tiempo.

Pertenecía a un hogar modesto pero sin que en su casa anidara la miseria. Los tiempos eran duros y el ambiente familiar debió ser de atenta vigilancia a los gastos y de no permitirse ningún desembolso superfluo; y muchas cosas que hoy nos parecen casi imprescindibles, eran consideradas superfluas en aquellos tiempos. No hay duda que vivió su niñez y su juventud bajo el signo de la estrechez.

Muy joven y mientras sigue sus estudios, dicta clases en un liceo habilitado, el Liceo Linares ubicado en Uruguay frente a Curiales y cuyo propietario y director era un español, Don Luis Robles. Luego obtiene un cargo para la venta de boletos de carreras en el Hipódromo de Maroñas los días de reunión, lo que representaba una buena ayuda económica.

En mayo de 1916 se inaugura el Liceo Rodó, y el Dr. Miguel Lapeyre, nombrado director, cargo que desempeñó con ejemplar dedicación durante muchos años, lo designa para dictar cursos de Física y Geografía; en 1920 renuncia a los grupos de geografía manteniendo los de física hasta 1932 en que renuncia.

Los testimonios de sus alumnos, hombres de la generación del que escribe, son unánimes en recordarlo como un profesor de excepción, inspirado, brillante, con una grata familiaridad y camaradería con sus discípulos sin que afectasen, en lo más mínimo, la disciplina y el respeto debidos; en sus clases estaba siempre presente un humor de calidad, un gracejo simpático y fino que las hacían agradables. Sus alumnos evocan las clases de Muiños con la emoción y la nostalgia de un recuerdo placentero y querido.

Durante un período (1928-1930) se desempeñó como miembro del Consejo de Enseñanza Secundaria, dependiente entonces de la Universidad de la República.

El 19 de marzo de 1936 casó con Orfilia Peirano Falco; fue una compañera comprensiva que supo aceptar y adaptarse a la vida sacrificada y a la labor imprevisible de un médico de gran actividad, que obliga a muchos renunciamientos en la vida social. Lo acompañaba en sus visitas y comprendió y respetó los inevitables aislamientos de quien dedicaba al estudio cada instante que le dejaba libre su labor profesional.

La carrera de médico

La nota de la Sección de Enseñanza Secundaria y Preparatorios comunicando que "Don Héctor H. Muiños ha prestado examen, obteniendo aprobación, de todas las asignaturas exigidas para ingresar a la Facultad de (falta la indicación de a qué Facultad) tiene fecha de 1910 y el pase a la Facultad está fechado el 7 de junio de 1910. Con esa fecha inicia Muiños su

carrera médica. Se destaca netamente como estudiante rindiendo sus exámenes con excelentes calificaciones, termina sus estudios y se recibe de médico al aprobar su último examen, que fue el de Clínica de Niños, el día 16 de setiembre de 1916. Tenía entonces 28 años de edad.

Las calificaciones obtenidas son siempres muy altas siendo la más baja (Bueno por unanimidad) la que obtiene en Cirugía. Teniendo las calificaciones más altas de su generación se hace acreedor a una de las becas que otorga la Facultad.

El 11 de mayo de 1917 se presenta ante el Decano solicitando "Que, en caso de serme adjudicada una de las becas correspondientes al año 1916, se me permita acogerme a la disposición que establece la posibilidad de postergar por un año el derecho al uso de la beca, siempre que se desempeñe un puesto técnico auxiliar de la enseñanza, a cuyo efecto acompaño la propuesta formulada a favor mío por el Dr. Soca, como Jefe Adjunto de Clínica Médica en la Sala Argerich". El Consejo el 30 de mayo de 1917 resolvió concederle, en mérito a su alta escolaridad, una beca corrrespondiente al año 1916 y acceder a su solicitud para ser postergada su utilización hasta el año siguiente. No concursó para el internado de Salud Pública. na in the factor of the state of

El 16 de setiembre de 1918, es decir exactamente dos años después de graduarse y cuando ya se vislumbraba el fin de la Ira. guerra mundial, parte para Europa en uso de su beca. Permanecerá casi dos años en el viejo continente, de donde regresa en abril de 1920.

En Europa concurrió a las clínicas francesas que en esa época eran más acreditadas. En especial a la de Ferdinand Widal (1862-1929) que se esforzaba por darle nueva jerarquía a la tradicional clínica francesa introduciendo nuevos conceptos y utilizando nuevos métodos exploratorios y de laboratorio. Asistió también a la clínica de Nicolas Gilbert (1858-1927), de Pierre Marie (1859-1940), de Louis Vaquez (1860-1936) y de pediatría de Víctor Hutinel (1849-1933). Tuvo inicialmente intenciones de dedicarse a la pediatría pero luego se decidió por la Clínica Médica.

El Paris todavía sangrante de la matanza, con sus monumentos, sus lugares históricos, sus callejas y sus viejos muros testigos de tanta aventura del hombre, debe haber impresionado vivamente la personalidad de Muiños, tan receptiva y sensible para las cosas del espíritu. Estaban allí condensados siglos de cultura y, precisamente, de la cultura que más ha llegado a nosotros; de la cultura francesa que tanto brilló en el siglo XIX y tanto influyó en la formación intelectual de nuestros jóvenes de aquella época.

cornégace) faceau appar **aux**enté

Muiños trabajó intensamente en las clínicas; estudió con tesón y aprovechamiento, pero supo también disfrutar aquella experiencia, que sería única en toda su vida, para visitar museos, para asistir al teatro (por el que tenía una afición que duró toda su vida); para concurrir a conciertos; en fin para, ávidamente, absorber todo lo que podía de aquel Paris denso en cultura.

Su carrera docente

A poco de recibido, Soca lo nombra Jefe de Clínica Adjunto, iniciando así una carrera docente en Clínica Médica que todo hacía presagiar sería brillante y le permitiría alcanzar los mayores honores. Muiños tenía una neta vocación docente; cumplía con placer su tarea de enseñanza, gustaba del contacto con los jóvenes, poseía naturales dotes de exposición, era estudioso, procuraba mantener sus conocimientos al día, tenía talento natural, era buen observador, poseía recio sentido común, en fin todas las características que integran la personalidad de un buen profesor. Todo anunciaba, pues, a un futuro profesor de clínica médica. Sin embargo, no alcanzó nunca a ocupar ese cargo, aunque desarrolló, durante toda su vida, una actividad pedagógica regular, colaboró asiduamente con la Facultad y alcanzó el máximo galardón cuando fue designado en 1959 Profesor ad Honorem, título que merecía como pocos.

El comienzo fue, pues, la designación de Jefe Adjunto de Clínica Médica; luego, del 1º de marzo de 1920 hasta el 28 de febrero de 1923 Jefo de Clínica Médica titular. El 29 de marzo de 1922 fallece Soca. En agosto de 1922 es nombrado Asistente de la Clínica Médica del Prof. Dighiero. El Dr. Juan C. Dighiero, discípulo predilecto de Soca, lo sucedió en su clínica pero por poco tiempo, ya que falleció el 13 de julio de 1923. Las rápidas muertes sucesivas de Soca y Dighiero tuvieron, sin duda, muy profunda influencia sobre el porvenir del joven médico que iniciaba, en forma tan promisoria, su carrera profesional y académica. En lo profesional lo hicieron, inevitablemente, heredero de las importantes clientelas de ambos profesores. Debió así multiplicar su actividad profesional y se incrementaron seguramente de modo importante sus responsabilidades como médico. Desde el punto de vista académico, debe haber sido un duro golpe. La clínica a la que pertenecía se desintegró, su personal se dispersó por diferentes servicios y Muiños debió haber sentido orfandad y desorientación al tener que integrarse a otro servicio ya constituido con sus cuadros armados y con modalidades diferentes. En las estructuras tradicionales y rígidas de la Facultad, no tener respaldo académico de clínica alguna debió haber conspirado seriamente contra las perspectivas de Muiños de hacer una carrera profesoral.

En marzo de 1925, es nombrado, por un año, asis tente honorario de la Clínica Terapéutica que dirigía el Dr. César Bordoni Posse; nombramiento que se reitera anualmente hasta 1937.

En 1915, bajo el decanato del Dr. Americo Ricaldoni, se crearon los cargos de "Profesor Agregado" a imitación de lo que existía en la Facultad de Medicina de Paris. Eran cargos docentes para que médicos jóvenes con orientación académica, asumieran responsabilidades asistenciales y docentes y pudieran irse formando a fin de seleccionar entre ellos los futuros profesores. También, a la manera francesa, se resolvió llenar esos cargos por concurso de oposición. No he podido averiguar por qué causas el Dr. Muiños no concursó para esos cargos, en lo que seguramente habrán contribuido factores diversos: los apremios de una clientela creciente e importante, la desaparición de sus profesores que lo hubieran estimulado, y quien sabe qué otros. El hecho es que ni Hector H. Muiños ni Hernán Artuccio, ambos discípulos de Soca, contemporáneos e indiscutiblemente brillantes, concursaron, perdiendo por ello la oportunidad de una carrera universitaria segura, y la Facultad dos profesores de indiscutible jerarquía. Al no ser profesor agregado, las posibilidades de acceso a la cátedra titular fueron mucho más remotas.

El Consejo de la Facultad tratando en varias oportunidades de dejar sentado su reconocimiento por la valiosa colaboración que prestaba Muiños, lo designó Profesor Agregado con carácter honorario.

Muiños fue un asiduo concurrente a las clínicas de la Facultad y colaboró con el brillo que él sabía darle, en la enseñanza. Dictó varias veces el curso de Patología Médica. Regularmente integró los tribunales de examen de Patología y Clínica médica y prestó en todo momento su invalorable colaboración desinteresada a la docencia. Durante años fue médico consultante de la Clínica Quirúrgica del Dr. Alfonso Lamas, a quien lo unía una gran amistad.

Todavía en 1968 la Facultad lo designó miembro de la Comisión de Disciplina en donde le tocó desempeñar una labor intensa y desagradable, al tener que juzgar y sancionar a estudiantes que habían cometido faltas. Trabajando a su lado, casi diariamente en esta oportunidad, pudimos comprobar su capacidad de humana comprensión y tolerancia para actitudes y gestos que, dada su edad y su formación cultural y ética, debieron serle particularmente repulsivos.

Carece de producción científica. No le atrajo nunca ni la publicación de casuística clínica, ni la revisión de temas a la luz de su propia experiencia, ni la investigación médica. Sólo conocemos, como fruto precoz de médico joven, dos comunicaciones de casuística a la Sociedad de Medicina, sin mayor interés. Ni mejor ni peor que lo que suelen publicar al iniciar su carrera los médicos jóvenes que se destacan en su profesión. (1)

En la sesión del 10 de mayo de 1950 el Consejo de la Facultad de Medicina llamó a aspirantes, de acuerdo a las disposiciones vigentes, para la provisión de la recién creada cátedra de "Cultura Médica". Esto era un engendro lamentable, resultado de la fusión de tres cátedras que nunca habían sido provistas: la cátedra de Historia de la Medicina; la cátedra de Deontología Médica y la cátedra de Psicología Médica.

Se presentaron varios aspirantes, entre ellos el Dr. Héctor H. Muiños, quien hizo una extensa exposición sobre "Métodos de enseñanza y programa de la cátedra". Como era habitual en él, hace una sólida fundamentación empezando por hacer notar la casi imposibilidad de que haya quien abarque tan vasto panorama. "Porque es difícil que el profesor domine con hondura de maestro disciplinas tan divergentes y es mucho más difícil que tenga tiempo de desarrollar paralelamente cursos tan extensos". Cree que la materia nuclear es la Historia de la Medicina, por la que Muiños ha tenido una gran preocupación desde largo tiempo. Entre sus papeles encontramos cuadernos en que están cuidadosa y extensamente extractadas numerosas tesis de médicos uruguayos que hicieron su carrera y que obtuvieron su doctorado en Paris, y otros recibidos en nuestra Facultad; en su libro "Medicina, una noble profesión", demuestra un sólido conocimiento de la historia de la medicina, destacando especialmente su familiaridad con la obra de Hipócrates.

Hace luego una crítica somera, pero acertada, de la manera habitual de enfocar la historia de la medicina, a través de las grandes figuras de los médicos y sus obras, para inclinarse por una forma de mayor interés para el estudiante siguiendo la evolución del conocimiento de las diversas enfermedades; para usar sus propias palabras "hacer la historia de las enfermedades y no la historia de los médicos".

En cuanto a la enseñanza de la Deontología: "Cuatro trazos pueden condensar todo lo sensato que debe enseñarse. Clases de un tipo especial, un poco confidenciales y otro poco paternales".

"Hay algo, en cuanto a la deontología, que no puede comunicarse con lecciones, que es el fondo moral de cada uno, el más seguro piloto en los azares de la vida profesional". Por último hace una breve exposición sobre el programa de psicología médica: "Programa difícil por el océano de conocimientos actuales y por los exclusivismos que las distintas concepciones entrañan".

El Consejo discutió, en varias sesiones, los méritos de los aspirantes (otros 3 médicos se habían presentado) pero lo hizo en comisión general no quedando, en consecuencia, versión de lo expuesto. Finalmente, en el acta de la sesión del 3 de agosto de 1950 se halla la siguiente constancia: "Sr. Decano: (Prof. Cassinoni): Se ha discutido en distintas sesiones la provisión de la Cátedra de Cultura Médica. De acuerdo con la discusión realizada en Comisión General. ha existido acuerdo en el sentido de que ninguno de los aspirantes está capacitado para dictar toda la materia, aun cuando todos ellos cuentan con méritos notorios en determinados sectores de la misma. Puestos a votación los nombres de los aspirantes inscriptos, ninguno de ellos obtiene los ocho votos requeridos para un nombramiento directo... Corresponde el llamado a concurso. Consideraremos este problema en una próxima sesión."

En 1952 el Consejo resuelve invitar a algunos médicos para que se encarguen interinamente de dictar la Cátedra de Cultura Médica e incluye entre los invitados al Dr. Muiños quien se excusa diciendo que "esa invitación no alcanza a devolverle la confianza indispensable para dictar la Cátedra atento a la resolución del Consejo del 3 de agosto de 1950".

Todavía en 1967 el Consejo designa una Comisión constituida por Muiños, Praderi y Cruz Goyenola para que elaboren un programa y exposición de motivos sobre la enseñanza de la Etica médica a los estudiantes de medicina. El 22 de junio el informe es presentado y ha sido enteramente redactado por el Dr. Muiños como lo prueba en forma inconfundible su estilo. Termina aquí una etapa en que Muiños intentó infructuosamente alcanzar una cátedra, no precisamente la de Clínica Médica, que en su momento habría desempeñado con singular maestría, sino otra, de menor importancia en la carrera médica, pero que lo hubiera puesto en contacto con la juventud y le hubiera dado una oportunidad más de hacer gala de sus profundos conocimientos en historia de la medicina.

El 9 de setiembre de 1959 los entonces Consejeros de la Facultad, delegados de los profesores Dres. José J. Estable y Euclides Peluffo solicitaron se le confiriera al Dr. H.H. Muiños el título de Profesor ad Honorem de la Facultad de Medicina fudamentándolo en que "Los títulos, méritos y trabajos del Dr. Muiños justifican ampliamente dicha proposición. Beca de estudios correspondiente al año 1916 y desde esa época hasta el año 1937 estuvo vinculado estrechamente a nuestra casa de estudios.

"Miembro del Consejo Nacional de Higiene durante 8 años, habiéndole correspondido su presidencia durante un año. "La Facultad lo ha designado en múltiples ocasiones Miembro de Comisiones Asesoras, tribunales de Concursos, etc., y siempre ha contado con su valiosa y desinteresada colaboración.

"La publicación de su libro "Medicina, noble profesión" (Sic) ha puesto de manifiesto el vivo interés que aún mantiene por la medicina".

En sesión del 16 de setiembre el Consejo resolvió otorgar el título de Profesor Ad Honorem al Dr. Héctor H. Muiños. Para los que gustan de las coincidencias: a los 43 años exactos de que se recibiera de médico y 41 de su partida para Europa en uso de su beca, Muiños ha alcanzado el más alto galardón que nuestra Facultad concede a quienes se han destacado por sus méritos excepcionales en la carrera médica.

La medicina y la política

Nunca lo atrajo la actividad política aunque, como a tantos de los médicos distinguidos contemporáneos suyos, le hubiera sido seguramente fácil, sin demasiado esfuerzo, con sólo proponérselo, alcanzar un escaño parlamentario. Y este rechazo a la política lo expresa en su libro sobre "Soca" cuando, analizando la correspondencia de Soca con Batlle dice: "Cartas no datadas, difíciles de ordenar, dan tal vez razón a los que pensamos que la política no armoniza, en manera alguna, con la grandeza de un hombre que tiene un campo infinitamente más fértil en donde desplegar las alas en vuelo soberano. La política lo disminuye. No consigue desviarlo de su carrera porque él nació médico y profesor, murió siendo profesor y médico".

Tuvo opinión política firme, dentro del cuadro de nuestros partidos tradicionales, y siempre la expresó con claridad; era nacionalista y dentro del partido blanco-se alineaba entre los amigos del Dr. Alfonso Lamas, por quien sentía un gran aprecio.

Actuación asistencial hospitalaria

El 31 de julio de 1930 el Poder Ejecutivo (Presidente Juan Campisteguy, de quien era médico personal) lo designó Médico de Sanidad Militar (Asimilado a Teniente 1º) y Jefe de Sala del Hospital Militar. En 1946 es designado Jefe de los Servicios de Medicina de Tropa, cargo que desempeñó hasta su retiro militar en 1952. Aparte de su labor asistencial inherente a su cargo en el Hospital Militar, Muiños colaboró muy activamente participando en cursos y dictando conferencias en cuanta oportunidad se presentaba, a las que asistían los integrantes del personal médico del hospital. Era allí reconocido como un profesor de excepción, sólido y de clara exposición didáctica. La sala en que trabajó lleva hoy su nombre.

En marzo de 1922 es designado médico Jefe de la Policlínica Médica del Hospital Sanatorio Españo pasando luego a ser Médico Jefe de Sala, cargo qui desempeño con su habitual responsabilidad y brill durante más de cuarenta años. Toda un ala de la nuevas construcciones del Hospital se honran con enombre de "Sector Héctor Homero Muiños".

En cambio no hizo carrera en Salud Pública, l que, sin duda, le hubiera sido fácil; ni trabajó nunc como médico de mutualista, lo que hacía constar con frecuencia, no sin un matiz de orgullo. El trabajo el mutualista, en especial del modo que se realizaba el las épocas en que Muiños era médico joven, establan lejano del modelo ideal de médico que él se había forjado, que le hubiera sido totalmente imposible adaptarse a una forma de la asistencia médica que reprobaba.

Miembro del Consejo Nacional de Higiene

La salud pública del país estuvo dirigida, hasta 1931, por dos instituciones; una, la Asistencia Pública Nacional, continuadora de la Comisión de Caridad, tenía a su cargo toda la labor asistencial, por lo tanto, la administración de todos los hospitales, policínicas y centros de asistencia del país. La otra, el Consejo Nacional de Higiene, (que sucedió a la Junta de Higiene Pública) fundado por la ley de 1895, era responsable de toda la tarea profiláctica y de policía sanitaria, tanto terrestre como marítima; también le competía el registro de médicos, farmacéuticos, odontólogos, parteras y en general todo el personal encargado de la salud, así como la vigilancia de su ejercicio.

Por decreto del Consejo Nacional de Administración del 15 de diciembre de 1925 fue designado miembro del Consejo Nacional de Higiene el Dr. Héctor H. Muiños, conjuntamente con los Dres. José Scoseria, José F. Arias y Enrique M. Claveaux. Tomó posesión del cargo el 21 de diciembre y en esa misma sesión fue electo secretario. En 1927 fue designado vicepresidente y al año siguiente, al ausentarse para Europa el Presidente Dr. Scoseria, quien había sucedido a Vidal y Fuentes fallecido en 1926, se hizo cargo de la presidencia del Consejo que desempeñó durante más de un año.

En diciembre de 1927 el Dr. Muiños presenta la siguiente moción:

"Considero llegado el momento de que el Consejo Nacional de Higiene tome la intervención que le corresponde en la dirección de la lucha contra la tuberculosis. Es una vieja aspiración del suscrito, compartida en realidad por todos, -y el Consejo la trató largamente, sin concretar conclusiones- suscitar el movimiento, emanado de nuestra corporación, que en-

cauce y oriente los esfuerzos indispensables para luchar contra la terrible enfermedad que ennegrece nuestras estadísticas."

La tuberculosis, azote social, había adquirido en esa época una extensión y gravedad temibles, con el agravante de que atacaba preferentemente a los jóvenes.

El asunto adquiría por eso mismo una importancia trascendental y se advierte la lucidez de Muiños al buscar soluciones. El proyecto es aprobado y surge de ahí la "Comisión de Lucha Antituberculosa" que cumplió importante gestión en nuestro medio.

d become the state of the state

Aparte de sus libros, en que puso lo más profundo y más elaborado de su producción, la obra más destacada de Muiños son sus conferencias. Encontramos en ellas un pensamiento más libre, un vuelo más espontáneo, al no sentirse atado, como le acontece en los libros, con la necesidad de documentar puntualmente sus afirmaciones.

Si agregamos que leía con gran precisión, con entonación convincente y con natural sobriedad, comprendemos por qué fue Muiños un conferenciante de gran éxito y por qué, en tantas oportunidades, le pidieron hiciese uso de la palabra con motivo de eventos varios. La indiscreción del biógrafo encuentra un montón de cuartillas manuscritas en cuya carátula se lee "Apuntes escritos en diversos momentos pensando en el cincuentenario del Liceo Rodó, sin saber si se me iba a designar orador oficial". Se lo designó.

Hurgando en sus papeles asistimos a la comprobación de cuan cuidadosamente preparaba sus conferencias; anotaciones innumerables, fichas de lecturas ordenadas y jerarquizadas por símbolos de un código personal, manuscritos que van depurándose, nos dan, como esas excavaciones arqueológicas, la evolución de un texto que culmina en un manuscrito de inobjetable prolijidad en esa su letra regular y tan claramente legible que nos da envidia a quienes, con frecuencia, no podemos descifrar nuestros propios apuntes. Cabe mencionar que Muiños nunca tuvo secretaria y que todo está escrito de su mano. A veces el manuscrito se completa con subrayados de color, probablemente destinados a facilitar puntuaciones y entonaciones en el momento de la lectura.

Debemos incluir aquí una serie de semblanzas que, aunque no propiamente conferencias, tienen un carácter similar si bien no fueron dichas en público, y sí impresas. A veces, como el artículo sobre Elías Regules, no fue pronunciado como discurso fúnebre según debió serlo, por no haber pódido materialmente el orador acercarse al féretro en el acto del sepelio.

En sus conferencias ha sido tema dominante la evocación de los grandes maestros, con quienes ha tenido la suerte de convivir, o de algunos compañeros prematuramente desaparecidos. Al final de su vida aparece como tema las formas anormales del ejercicio profesional, el especialismo y, por último, su afición de siempre, algún tema histórico a propósito de algún aniversario.

Su gran libro "Medicina, una noble profesión"

on the conductive property of the conductive of

En 1958 publicó el libro que le diera justo prestigio, que de modo cabal era la expresión de todos sus más queridos ideales de vida: "Medicina, una noble profesión" y que, según expresa, lo acompaño durante 4 años llenándolo de satisfacciones. Rápidamente agotado no pensó en reeditarlo hasta que, en 1965, le fue requerida la autorización para una nueva edición por los estudiantes de medicina, quienes hicieron las gestiones necesarias ante la editorial científica de la Facultad de Medicina. Efectivamente, la 2da. edición, sin otras variantes que un nuevo prólogo, apareció en 1966. (2)

Expresa en su prólogo que "el libro es la condensación de ideas que a cualquier médico, después de varios lustros de ejercicio profesional, le ha dictado la experiencia"; también que "fue concebido con el pensamiento puesto en los jóvenes que, si llegaran a leerlo -tiene sus grandes desconfianzas al respecto-encontrarán fundamentalmente la expresión de una idea y de un sentimiento que circulan a lo largo de todas las hojas y que son su única justificación; la idea es de que hay que esforzarse para conservar a la medicina su carácter profundamente humano, y el sentimiento es un amor a la profesión que los años no han hecho sino acrecer".

Por eso sintió una satisfación muy viva cuando esos jóvenes, de quienes expresamente dudaba, le pedían autorización para reimprimirlo. "Era tan inesperado y tan alto el honor que le dispensaban los jóvenes, para quienes había sido escrito el libro con temores de que no lo leyeran, y era tan clara la injusticia de esa duda, que el autor accedió de inmediato al pedido". Sin duda, desvaneciendo su primitivo escepticismo, renacía en él la confianza en los jóvenes. Como una etapa no sin vinculación con esta interesante experiencia de su vida, su reencuentro, ya en la vejez, con una juventud de la que durante años estuvo alejado, está la conferencia que debió ser pronunciada, pero que nunca lo fué, en el Salón de Actos de la Facultad de Medicina. Entre sus papeles hemos hallado un sobre que contiene el texto de esta conferencia, sin título, perfectamente ordenada y cuidadosamente manuscrita, con subrayados como para enfatizar más o menos en su lectura y en cuyas últimas

páginas se lee de su puño y letra "(Escrito a fines de agosto de 1958)", es decir, casi simultáneamente con la publicación de su libro. Hay, en la misma página una anotación con otra tinta y evidentemente posterior que dice: "Suspendida cuando iba a ser pronunciada, a pedido de los estudiantes, en la Facultad, por la larga huelga provocada para obtener la sanción rápida de la ley orgánica de la Universidad (setiembre-octubre 1958)". Y luego nuevamente otra anotación que dice: "Solicitada nuevamente en julio de 1959 me negué a pronunciarla, entre otras razones porque tenía que hacer otra conferencia, totalmente distinta, en el Clínicas (agosto 1959)". Sería muy interesante saber cuales fueron las "otras razones" que lo llevaron a negarse a leer una conferencia que tenía totalmente escrita y preparada hasta en sus mínimos detalles; la otra conferencia fue efectivamente pronunciada por esos días en la Clínica Oftalmológica.

La conferencia que debió suspenderse por las movilizaciones obrero-estudiantiles que desató el proyecto de ley orgánica de la Universidad y que nunca fue pronunciada, desarrolla ideas expresadas en su libro, ampliando algunos conceptos y trayendo nuevos temas al conocimiento. Sin embargo, lo que hace de esta conferencia una pieza única en la vasta producción de Héctor H. Muiños es el tono y la afectividad, claramente paternal, con que está redactada y con el que, seguramente, el autor pensaba pronunciarla.

Está directa y exclusivamente dirigida a los estudiantes ya que comienza con la frase "Mis jóvenes amigos" y en todo el desarrollo mantiene este tono coloquial con el que Próspero se dirigía a sus discípulos. El texto no leído es una excelente síntesis en que el Dr. Muiños puso lo mejor de sí, de su larga experiencia de médico general, que ejerció la profesión como una auténtica profesión liberal y que se dirige, a la manera de testamento, a una juventud que seguramente no podría comprender su mensaje, puesto que la forma de ejercer la medicina que era el ideal de Héctor H. Muiños, ya no era más posible. Su prédica, en gran parte no podía ser captada más que como el testimonio de un ideal de asistencia médica obsoleto y que había sido barrido por las nuevas condiciones económico-sociales.

"Medicina, una noble profesión" es un libro sin par. Expresa la concepción del ejercicio profesional de un médico excepcionalmente inteligente, que asiste, con preocupación, a profundos cambios en la forma de ejercer la medicina, en el trato dado al enfermo, en las relaciones del paciente con el médico y de éste con sus colegas, en el desarrollo desaforado, y no siempre justificado, de una industria farmacéutica apoyada por una publicidad avasallante, en el establecimiento de formas de mutualismo y de seguridad

social mal orientadas, peor organizadas y no siempre dirigidas al exclusivo bien del enfermo; y, en general, en todo el inevitable desajuste que la introducción de la medicina científica y los profundos cambios sociales y económicos ocurridos después de la primera guerra, produjeron en las formas del ejercicio liberal individualista, que caracterizó al médico de familia del siglo XIX. Hubo, y hay todavía, inevitables regresiones en ese gigantesco cambio que se está operando en las formas de la asistencia médica, al ser sustituido el médico de familia, que asiste desde el parto hasta la vejez, por el complejo hospitalario con su equipo de múltiples y casi anónimos técnicos, médicos y para-médicos, con sus numerosas especialidades, con su impresionante multiplicidad de aparatos y laboratorios, y culminando con una terapéutica compleja, de productos químicos de impronunciables denominaciones, que rápidamente se suceden y que no permiten, sino raramente, la sedimentación de una experiencia personal, cuando ya son sustituidos por otros.

Y como una reacción a este avasallante cambio, como una necesidad de expresar su protesta inteligente y fundada, como expresión del disgusto por la desaparición inexorable de relaciones humanas que creía eran la única forma cabal de convivencia, casi como una catarsis, escribió su libro. No alcanzó a comprender probablemente que ese cambio inevitable, que ese sacrificio de formas individualistas del ejercicio profesional, era la expresión de un formidable avance que al progresar dejaba las ruinas de una práctica médica superada.

El libro, de amenísima lectura, comienza por analizar la evolución de la medicina y la aparición, en el siglo XIX, de la medicina científica. Esa veta científica de la medicina, que llevó una concepción organicista, celular y química, orientó la atención del médico. cada vez con mayor profundidad, hacia campos cada vez más restringidos. El avance científico trajo consigo, inevitablemente, la necesidad de la especialización; la medicina se fue parcelando en especialistas que atendían a pacientes de un solo aparato, de un solo órgano, o hasta de una sola enfermedad, como ha acontecido con la diabetes. Como consecuencia, el médico ha perdido la visión panorámica total del hombre que sufre, con su cuerpo enfermo y psiquis preocupada, temerosa y angustiada. El hombre enfermo no está solamente aquejado del mal funcionamiento de un órgano o aparato, sino que es todo el ser en todas sus funciones y en todas sus reacciones, incluso en su complejo familiar y, desde luego, en su actividad social, que se halla comprometido más o menos seriamente por la enfermedad, y esto con demasiada frecuencia es ignorado por el especialista. Reclama por eso Muiños una vuelta a la medicina del individuo que en los últimos tiempos ha asomado como una especialidad más; la medicina psicosomática en la que la unidad psiquis-soma está nuevamente integrada. Pero el que claramente contempla mejor esta necesidad de encarar al enfermo como una totalidad y, todavía más, como una pieza en el ambiente familiar, es el internista, que ejerce liberalmente su profesión como "médico de familia". Esto le da oportunidad para un conocimiento familiar, para un análisis profundo de los antecedentes, para estar interiorizado de circunstancias socio-económico-familiares, que puedan haber influido sobre la salud de su paciente. Le ofrece todavía la oportunidad de disponer de tiempo suficiente para un interrogatorio profundo y bien conducido que pone al médico, rápidamente, en la vía del diagnóstico.

Otro aspecto de la medicina moderna que lo preocupa y que analiza con su habitual sagacidad, es el de la evolución terapéutica. Desde el período en que Muiños se hizo médico hasta que escribe el libro que comentamos, la terapéutica ha sufrido una evolución tumultuosa en la que, como ocurre casi siempre, junto a reales y positivos progresos se han colado medicamentos y procedimientos terapéuticos dudosos, cuando no directamente inútiles o, inclusive, perjudiciales.

Como era de esperar le merecen especial atención los efectos psicológicos que el médico ejerce sobre el paciente, y tanto en lo que tienen de beneficioso, es decir en la psicoterapia, de la cual trae a colación buenos ejemplos de su experiencia personal, como sobre el efecto lamentable del médico que, por descuido o por torpeza, desencadena reacciones perjudiciales en sus enfermos.

Los últimos capítulos de su libro los dedica a analizar, con una enorme y modernísima información, el problema de la enseñanza de la medicina; problema viejo como la medicina misma pero agudizado en forma casi cataclísmica desde que el progreso vertiginoso de la ciencia médica obliga a absorber, en el mismo período de tiempo, una masa mucho mayor de conocimiento. Y cumple así, en los capítulos XII y XIV, dentro de lo inevitablemente reducido del espacio, con dar un análisis muy rico de las nuevas orientaciones en la enseñanza de la medicina que se están ensayando en todo el mundo, expresando su opinión personal, fundada, en cada caso.

Y clausura su libro con una frase nostálgica en que no podía faltar el toque personal. Dice:

"Y queda cerrado así este pobre libro que me ha acompañado mucho tiempo y me ha permitido goces intensos al obligarme a rememorar toda mi carrera, todos mis maestros, todos mis inconformismos, todas mis lecturas. Me he sentido remozar -esa es la fuerza increíble de la medicina- en el planteo de problemas actuales que he creído encarar con la serenidad del

viajero que se vuelve a mirar el camino recorrido vieja imagen siempre verdadera- lo ve en sus curvas, en sus cumbres y en sus barrancos, no se arrepiente de lo andado y piensa que volvería a hacerlo con la misma alegría y la misma fe. El secreto es que el viaje se ha hecho por los vericuetos de la medicina, y la medicina es, como dice el viejo Hipócrates en la Ley, de todas las profesiones, "la más noble".

Su libro fue la reacción apasionada frente a cambios que no pudo asimilar, que modificaron radicalmente las formas de ejercer la profesión a la que había entregado su vida. Pero su reacción fue inteligente y comprensiva.

Pasó por la vida con indiscutible señorio; gran señor de la medicina que llegó a dominar como clínico experto y sagaz, bien informado y de gran sensatez; llegó a tener una gran y selecta clientela que lo admiró, lo quiso y le fue fiel, y a la cual él se entregó con todas las fuerzas de una vocación inquebrantable, a cuyo servicio puso todo lo mejor de sí; supo cumplir así con el tríptico inmortal de la medicina: curar, calmar, consolar. Ejerció la profesión de un modo que iba perdiendo, en el curso de su vida, rápidamente vigencia, la del médico de familia. Y asistió con penetrante lucidez a cambios de la forma asistencial que instintiva y racionalmente desconfiaba y rechazaba. Un mundo de evolución técnica, social y económica vertiginosa que repercutía día a día sobre la medicina que él practicaba con tanta jerarquia. Su reacción a estos cambios fue el libro cuya redacción ocupó cuatro años de su vida, cuando había alcanzado ya ese momento crítico de la existencia de todo hombre, en que siente la necesidad de los balances y los inventarios. Por eso puso como colofón del mismo la frase que hemos transcripto.

Fue un lector apasionado, y recomienda a los jóvemes la lectura de la buena literatura. Amante de las artes plásticas, para las que poseía un buen gusto indudable, supo ir acumulando a lo largo de su vida una nutrida y selecta colección de cuadros, de autores nacionales y extranjeros, selección ecléctica, pero en la que imperaba el común denominador del buen gusto y el acierto del artista que, fuera de duda, alentaba en Héctor H. Muiños.

Ama la música y asiste con regularidad a óperas y conciertos; los conciertos del sábado de la OSSODRE lo cuentan entre sus asiduos concurrentes, y a veces, cuando el programa lo ha satisfecho, vuelve el domingo a escucharlo nuevamente.

Le viene este gusto musical desde la niñez y la juventud cuando concurría a presenciar las grandes compañías de ópera que en aquel entonces llegaban a Montevideo, y gozaba, desde las localidades más económicas, de veladas que nunca olvidó. Las voces de

Caruso, Tita Ruffo, Galli Curci, Adelina Patti resuenan todavía en sus oídos medio siglo más tarde. Pero supo armonizar toda esa cultura en el cañamazo de su medicina, de su cultura científica y de su experiencia de la vida; y pudo así esculpirse a sí mismo en una personalidad de humanista, de médico filosófo, en una especie casi extinguida y de la que él fue un ejemplo admirable, de una forma que la tecnificación y el especialismo van inexorablemente sacrificando.

Y pudo hacerlo también porque, refugiado en su profesión, en su copiosa biblioteca, rodeado de sus obras de arte, querido y admirado, en su trajín diario o en el retiro a que acudía para sus lecturas y sus escritos, logró aislarse del mundo y pasar sin comprometerse a través de un mundo convulsionado y conflictual que parece no haberlo afectado. En los últimos años, retirado ya del ejercicio profesional, se refugiaba durante largas temporadas en su chalet "La Loma", de Punta del Este, donde había hecho construir un ambiente de lectura y recogimiento. Desde allí dominaba la magnifica perspectiva de la bahía de Maldonado, que servía como fondo del espectáculo siempre renovado, de serenos y polícromos atardeceres estivales y de puestas de sol de incomparable belleza so zamolość ak aktórają o soktyją pagayo rane perieza.

En 1934, discorde con la nueva orientación dada al Sindicato Médico, presentó renuncia al mismo. Muiños había sido fundador del Sindicato Médico en el año 1920 y había ocupado diversos cargos dirigentes entre otros el de Tesorero. Había actuado activamente en el mismo y sido asiduo colaborador en la revista en que aparecieron varios artículos suyos con semblanzas evocativas de Soca, Dighiero, etc. El Sindicato Médico tenía fines precisos que establecían como objetivo la "defensa de los intereses morales y materiales de los afiliados y de los médicos en general; solución decorosa y práctica de todas las cuestiones económicas y profesionales relacionadas con el cuerpo médico; mejoramiento, por medios legales, del ejercicio profesional y de la situación del médico; coadyuvar a la ampliación de la cultura general y perfeccionamiento de la preparación técnica de los médicos; obtención de disposiciones legales para amparo del médico y su familia en casos de enfermedad, vejez o muerte; organización racional del mutualismo; mejoramiento de leyes y disposiciones referentes a la Asistencia e Higiene Públicas y a la medicina social, protección de sus afiliados contra las trasgresiones de los preceptos de la moral profesional; defensa jurídica de sus afiliados en los casos previstos en este reglamento".

Y Muiños está plenamente identificado con esos objetivos. Pero al comienzo de la década del 30 ingresa al Sindicato un grupo numeroso de muy distinguidos médicos jóvenes, con nuevas ideas, comprometi-

dos con la realidad social y política que vive el país al que ven hundirse en la crisis que ha de desembocar en el golpe de Estado del 31 de marzo de 1933. También vibran esos jóvenes con la problemática política y social del mundo amenazado por el fascismo y que se dirige hacia la guerra. Entonces y son palabras del propio Muiños: "Empiezan a cambiar los métodos de lucha agresiva, más gremialista".

"Yo he concebido el Sindicato como una corporación que vela por la representación, la corrección y la dignidad de los médicos; lo entiendo más como lo que corresponde a una "Orden de los Médicos" que como una entidad que da idéntica importancia a los intereses materiales. "El Boletín", de Simeto, ha desaparecido y lo ha sustituido "Acción Sindical" que, junto a la propaganda fundamental en que todos concordamos, ataca temas que no creemos pertinentes. Integramos en estos momentos, con más precisión, año 1934, el Consejo Arbitral del Sindicato, siempre con el deseo de aportar lo que podamos a la querida institución. Pero se formaliza la idea de crear el Centro de Asistencia, con la que estoy en formal desacuerdo. Y resuelvo desligarme de la corporación". La nota renuncia es del 3 de octubre de 1934.

Muiños y Soca

Conoció a Soca a los 24 años, en 1913, cuando, estudiante de 3er. año de medicina ingresó a la Clínica del Maestro, en el apogeo de su indiscutible magisterio y de sus excepcionales condiciones intelectuales.

Soca lo magnetizó; desde ese día hasta la noche, repetidamente evocada, del 29 de marzo de 1922 en que vela al Maestro moribundo, recibe de Soca no solamente las insuperables enseñanzas de la Clínica Médica, sino, lo que es mucho más importante, un modelo de médico, la impresión de una personalidad superior y avasallante, que no admite comparaciones y que suscita la admiración, el agradecimiento y el cariño. En su viaje a Europa (1918-1920) frecuenta las lecciones de otros grandes maestros de la Clínica: Widal en primer término-Pierre Marie, Hutinel, Vaquez, Gilbert; pero la personalidad de Soca no solamente no sufre en la comparación sino que al contrario surge más vívidamente, aventajando a todos. Luego de oír una clase sobre asma de algún profesor francés, escribe: "Debería ir a Montevideo a aprender lo que es el asma con Soca".

Cabe reconocer que hubo aspectos muy salientes de la personalidad de Soca que Muiños nunca buscó imitar porque lo admiraba como médico y como hombre superior, pero no lo imitaba servilmente; nunca quiso intervenir en política, actividad en la que Soca participó durante veinte años de su vida. Debemos admitir que con sus relaciones, con su indudable su-

perioridad intelectual y con su probidad moral, le hubiera sido fácil en cualquiera de los partidos políticos, ocupar escaños parlamentarios y quizás dignidades más elevadas, en una época en que los caudillos elegían inapelablemente quienes debían integrar las listas. No quiso. Prefirió siempre el campo en que se sentía tan feliz del ejercicio profesional y la frecuentación de sus libros y sus poetas, que el trajinar político con sus luchas, sus choques, sus embates y sus violencias. Y es que H.H. Muiños no fue un hombre de lucha, sino un intelectual de meditación y estudio. En la conferencia sobre Morquio (1960) incluye una frase en la que encontramos un destello auténtico de su personalidad: "Consiéntaseme, al terminar, una confesión: he sido un indiferente, o peor, un fugitivo en el camino de los honores, amando los senderos solitarios o escasamente transitados".

Tampoco fue como Soca un esclavo de su pasión por la medicina y de su inquebrantable ambición de alcanzar posiciones. Es bien antagónica la actitud de ambos en su viaje a Europa. En Paris, Soca no atiende a nada más que a sus estudios médicos; ignora todo lo demás que encierra la gran ciudad; el Paris de 1885-88, capital del mundo del arte! Muiños trabajaba intensamente, concurre a hospitales, estudia, asiste a clases y llena la mayor parte de su tiempo con sus estudios médicos; pero concurre al teatro con frecuencia, visita museos, asiste a conciertos y se empapa de todas esas infinitas formas de la cultura como obra del hombre que sólo Paris puede ofrecer.

Tenía el orgullo de decir que había sido el último Jefe de Clínica de Soca (1920-1922) y no hay duda alguna que, desaparecido Juan C. Dighiero (12 de julio de 1923) fue Muiños quien más cabalmente y con mayor jerarquía representó a la escuela médica de Francisco Soca.

Esta admiración, esta fidelidad en el recuerdo se expresan de modo admirable en el prólogo escrito especialmente para el volumen de Soca.

Tuvo por Soca una admiración sin límites que duró hasta su muerte y tomó al Soca médico, en su voluntad invencible, en su capacidad intelectual y de trabajo, en sus condiciones de maestro, a la vez sencillo y profundo, como ejemplo para su propia formación y actividad como médico; pero no lo cegó hasta imitarlo servilmente en todas las actividades de aquella personalidad desbordante y contradictoria, sino que labró su senda en la vida de acuerdo a sus propias convicciones. Esta misma semblanza sobre Soca que escribe al final de su vida no hurta las facetas menos favorables de aquella personalidad genial y conflictiva, sino que las muestra en toda su crudeza, en todas sus riquezas de matices y claroscuros con el vigor de un aguafuerte.

En el año 1947 había sufrido un cuadro de angor por insuficiencia coronaria, que fue interpretado como infarto de miocardio; de este accidente se repuso completamente y volvió a sus actividades como siempre, prolongando algo más sus vacaciones en Punta del Este, pero atento siempre a los requerimientos de su clientela. Fue en este período que escribió su libro publicado en 1958.

Hacia el mes de abril o mayo de 1971 comenzó a sufrir trastornos nerviosos, principalmente en la orientación y equilibrio; los síntomas neurológicos fueron agravándose progresivamente, aparecieron movimientos involuntarios y debió guardar cama.

El 19 de agosto de 1971 bruscamente terminó aquella existencia que había dedicado toda su vida a "la medicina, una noble profesión" con la entrega y la dedicación de los elegidos.

(1) Muiños H.H. Neuritis bilaterales del cubital y pneumonías dobles. Rev. Méd. del Uruguay 27; 358-361; 1924.

Muiños H. H. Neuritis disociada post-sérica del plexo braquial. Rev. Méd. del Uruguay, 27; 362-365; 1924.

(2) Héctor Muiños. Medicina, una noble profesión. Edit. Ciencias, Montevideo. 1958. 429 págs.

Héctor H. Muiños. Medicina, una noble profesión. Universidad de la República. Editorial Científica de la Facultad de Medicina. Montevideo. Uruguay. 1966. 319 págs.